

## SERMON SEPTUAGÉSIMO SEGUNDO.

### De la sancion del gobierno divino.

SEÑORES:

El gobierno divino, este gobierno cuyas leyes, procedimientos y resultados os he hecho conocer, ¿posee una sancion? ¿Pueden sus súbditos despreciar impunemente su poder, y sustraerse á su voluntad? Su voluntad consiste en guiarnos por la perfeccion á la beatitud: pero si nosotros no consentimos en ello, si nuestro libre arbitrio se opone á este fin generoso de la Providencia, ¿qué sucederá de nosotros? Vosotros podeis hoy, dueños absolutos de vuestra suerte, insultar la bondad que os ha hecho y que os ha salvado; ¿podréis hacerlo siempre? Entre Dios y el hombre, Dios bienhechor, el hombre ingrato, ¿será Dios quien tendrá finalmente el imperio, ó lo poseerá el hombre?

La doctrina católica nos dice que toda criatura que descuida absolutamente el llegar á su fin, no llegará, y tal es la sancion del gobierno de Dios. El fin se os ha propuesto, enteramente en favor vuestro; él excede cuanta felicidad puede inventar la mas fecunda imaginacion; á vosotros toca el verlo. Si quereis, entráis; sino quereis os quedais; pero sabed que, pasada la hora de la libertad, vuestra eleccion queda hecha para la eternidad y que seréis siempre lo que hayais querido ser en el último instante de vuestra vida; ó unidos á Dios, ó separados de él. Pero vosotros conoceis que nadie renuncia á su destino, y á un destino semejante al de la perfeccion y la beatitud en el seno de Dios, sin que resulte de ello un dolor, tan duradero como su causa, y por consiguiente eterno, eterno en el alma, eterno en el cuerpo. Esta es la amenaza de la Escritura, la fe de la Iglesia, y en los incrédulos el objeto de un terror que turba su pensamiento, y al cual se oponen, para conjurarlo, todos los recursos del razonamiento. Yo debo quitarles este frágil apoyo, y llamarlos al juicio de Dios, por medio del testimonio de la conciencia y de la razon, tanto como por los preceptos soberanos de la fe.

Es cosa muy singular, señores, que en ninguna de las épocas cristianas haya engendrado la doctrina de la eternidad de las penas las fuertes repulsiones que han acarreado á la Iglesia tantos desastres. Todo dogma ha sido atacado, excepto este; todo punto importante de la teología revelada ha dado lugar á discusiones, divisiones y decisiones: uno solo, el mas terrible de todos, no ha sido sometido á esta ley comun, y la eternidad del impío ha llegado hasta nosotros, sin haber tropezado en este largo viaje con un espíritu que contradijese su justicia, ó que alterase por lo menos en una parte de su siglo su formidable certeza. Dícese que Orígenes lo intentó, y fué tardíamente acusado por ello; pero ni el imperio de su talento, ni la grandeza de su memoria, pudieron formar despues de él un asentimiento capaz de convertirse en cisma ó herejía. El cuidado que tuvo Justiniano de que se le condenara, fué un cuidado superfluo, un capricho imperial que no fué honrado por la Iglesia, y el artículo mismo de esta condenacion ha desaparecido de los concilios, si es que ha llegado á insertarse jamás en ellos.

Los protestantes, que han negado tantas cosas, no han negado esta. Destruedores de todo lo que hacia sombra al sentido humano, no han despojado al infierno de su inviolable fisonomía; su mano se ha detenido en los umbrales del dolor, ella que no habia respetado la puerta del tabernáculo donde reposa en el sacrificio y la bondad la carne del Hombre-Dios. Si su inteligencia ha osado despues formular esta negacion, no lo han hecho como protestantes, es decir, como hombres que conservan algunos rastros de la fe, sino como esclavos del racionalismo que ha recogido sus ruínas, aumentándolas. Su testimonio no es el de la herejía sino el de la incredulidad. En cuanto á aquellos que no han llegado al colmo de la degradacion, y que guardan un vestigio de fe, estos proclaman como todo católico la verdad subsistente de esta palabra del Hijo de Dios: *Retiráos de mí, malditos, al fuego eterno* (1).

Los mismos paganos, con una excepcion que confirma el pensamiento general, y que expondré despues, los mismos paganos han creido en la eternidad de la vindicta divina en el mundo venidero, y Virgilio ha sido el intérprete de la creencia comun en este verso famoso:

Sedet Theseus æternumque sedebit.

(1) San Mateo, cap. 23, vers. 41.

¿De dónde proviene esta conformidad? ¿Porqué un dogma, que aleja el corazón de nuestras débiles generaciones, ha atravesado tantos siglos sin chocar con la duda, y aun excitar, al parecer, el sentimiento de una piadosa tristeza? Leyendo la antigüedad, cuando habla del infierno, se cree reconocer mas bien un acento de alegría que se interesa en el triunfo de la justicia divina, y que encuentra en él un consuelo á los males presentes de la humanidad. ¿De dónde nace todo esto? ¿Quién puede explicar este fenómeno? Consiste, señores, en que el dogma de la eternidad de las penas está invenciblemente ligado con la noción invencible tambien de la diferencia del bien y del mal, y que todo el que siente con energía y profundidad esta diferencia, siente al mismo tiempo la necesidad de una separacion irremediable entre las almas que han sido hasta el fin los instrumentos del mal, y las que han sido hasta el fin los órganos incorruptibles del bien. En efecto, todas las cosas están comprendidas entre dos términos, los principios y las conclusiones; y estos dos términos son por su naturaleza absoluta y necesariamente eternos.

Los principios lo son: porque si no lo fueran, tendrían un origen anterior á ellos, y por consiguiente no serían principios. Las conclusiones lo son tambien: porque si no lo fueran, tendrían una continuacion, y por consiguiente no serían conclusiones. Todo, pues, se encierra fatalmente entre estas dos columnas de Hércules, la eternidad que comienza y la eternidad que acaba, á menos que no se trate de Dios, el cual, no teniendo principio, no tiene conclusion, y subsiste indivisiblemente en su propia y única eternidad. Pero todo lo que no es él, es decir, toda criatura, todo acto, todo estado, todo número, tiene un punto primero y un punto postrero, una escena por donde comienza el drama, y otra escena que lo termina. Si faltase el principio, la cosa no existiría; si no llegase la conclusion, la cosa estaría eternamente en camino, es decir, que no tendría fin. Ahora bien, una cosa sin fin es metafísicamente imposible, porque sería una cosa sin razon. Todo acaba pues, y toda conclusion, como todo principio, es eternidad.

De donde se sigue, Señores, que el orden moral necesita, como lo demás, una conclusion, que es necesariamente eterna; y que así, para sustraerse al dogma de la eternidad de las penas, es forzoso admitir esta proposicion que subleva el sentido popular tanto como el sentido del metafísico, á saber; que la conclusion del bien es idéntica á la conclusion del mal, ó en otros términos, que el justo y el malvado llegan inevitablemente á la misma eternidad. Pues

bien, afirmar esto, es negar la distincion del bien y del mal. Porque es claro que, si el bien definitivo sale del mal tan naturalmente como sale del bien, siendo el efecto el mismo, la causa lo es tambien, á menos que no se eche por tierra este axioma fundamental, que el efecto es proporcionado á la causa, y la conclusion al principio.

Este razonamiento ha herido á todas las generaciones, y la mas segura prueba quizá de que la noción del bien y del mal ha disminuido en nuestro tiempo es la pena que le causa un dogma sin el que el orden moral no es mas que un simulacro y casi un juego. No obstante, á pesar de esta debilidad del sentido interior, la inteligencia misma de nuestra época ha visto la dificultad, y Rousseau confesaba « que los malos son un grande estorbo en este mundo y en el otro. » Por eso se han hecho esfuerzos para eludir la evidencia que liga la eternidad de los castigos con la distincion misma del bien y del mal.

Se ha dicho: ¿Porqué el hombre culpable, muerto sin reparacion para con Dios, no obtendría su perdon despues de expiar su culpa con sufrimientos proporcionados á esta? ¿Es lo mismo llegar á la beatitud sin pasar por el dolor, ó llegar á través de lágrimas y gemidos? ¿No es confundir las voces el llamar del mismo modo suertes tan diversas, y el afirmar que la conclusion del bien sería idéntica á la conclusion del mal, porque en definitiva toda criatura iría á descansar en Dios? Si Dios necesita mil años para castigar un alma, él la tendrá mil años fuera de su seno, y cuando se le abran por fin las puertas de la felicidad eterna, ¿quién podrá echar en cara á la justicia el haber recibido con igual indiferencia al justo y al pecador?

Señores, el camino no cambia el término, y el tiempo, por largo que sea, no mutila la eternidad. Solo la eternidad es una conclusion, y por cualquiera via que se llegue á ella, hace al ser, en el momento en que se apodera de él, el don invisible de sí, un don que encierra toda duracion con todo reposo, y que, sin producir en cada uno de los escogidos, á causa de la diversidad de los méritos, igual sensacion, da á todos una felicidad inexplicable y perfecta. Si el malo tiene derecho á ella como el justo, en vano le hablaréis de los sombríos pasajes que lo han de conducir; él sabrá que le pertenece la eterna beatitud, que el mismo Dios no puede privarlo de ella, y mejor lógico que vuestras amenazas se reirá de los terrores que intentaréis inspirarle por respetos metafísicos á la diferencia del bien y del mal. Él tiene segura la conclusion, conclusion

á la que no le robarán un día siquiera dos mil siglos; ¿que le importa lo demás? Para que se le importara, sería preciso hallar una diferencia esencial entre una eternidad de felicidad precedida de sufrimientos pasajeros, y una eternidad de felicidad pura y simple; pero esta diferencia no es mas que un accidente, y la fuerza infinita de la conclusion envuelve en la inanidad todo lo que no le pertenece.

Por otra parte, el argumento supone que basta cierto tiempo de sufrimientos para expiar fuera de esta vida las faltas cometidas en ella. Este es un error que destruye la nocion del bien y del mal. La pena sola no expia nada, porque no cambia nada en el corazon; lo que expia es la pena aceptada por el arrepentimiento. Ahora bien, el arrepentimiento del alma es un estado que exige el concurso de dos cosas, la gracia y la libertad, y ninguna de las dos pertenece ya á la inteligencia que ha salido de las condiciones de la prueba por medio de la muerte. La muerte pone el pecador en presencia de una verdad que no le deja eleccion; él vé, él sabé, él está seguro con una certeza que abruna su libre arbitrio, y sin embargo, no se vuelve á Dios para implorarlo, porque la gracia le es rehusada, y la gracia le es rehnsada porque sería ya el perdon que ha desdeñado cuando podia alcanzarlo y que no quiere ni aun en el abismo en que ha caido. Porque la muerte, que lo ha separado del mundo, no lo ha separado de su corazon; el orgullo y el aborrecimiento sobreviven en él acrecentados y nutridos por su infortunio, y blasfemador eterno, rechaza hácia Dios todo lo que ve, todo lo que sabe, todo lo que siente. Sería preciso pues que Dios viniera á él contra su voluntad, y que en cierto día señalado, al sonar en tal siglo tal hora, esta alma pasara del dolor sin arrepentimiento, ¿qué digo? del odio y de la blasfemia al estrecho abrazo del amor divino. ¡Y sería esto el derecho! ¡Y sería esta la última palabra del comercio entre Dios y el hombre! ¡Y esto se habria de saber de antemano para fundar en la tierra la verdad, la justicia y la religion! ¡Dios, el Dios tres veces santo, sería patrimonio inalienable de todo pecador, y los cielos se abrirían lo mismo para Neron que para san Luis, con la diferencia de que Neron entraria mas tarde, á fin de que tuviera tiempo de coronar la impenitencia de su vida con la impenitencia de su expiacion!

La antigüedad, señores, aquella misma que no ha querido reconocer la eternidad de las penas, ha tenido horror á la doctrina que forma con el castigo un derecho de poseer á Dios. Para evitar este escollo, ha engendrado un sistema que es una de las glorias mayo-

res de su filosofía, porque revela, por mas erróneo que sea, un vivo sentimiento de aversion al mal y de respeto á la santidad de Dios. El Oriente fué su autor. El Oriente, en lo tocante á las cosas divinas, fué mas apasionado que nosotros; parece como si Dios apareciese á menos distancia á sus meditativos hijos, y como si lo vieran á través de la pureza de su cielo como nosotros vemos las estrellas á través de la débil transparencia del nuestro. El Oriente comprendió que todo hombre que no se ha purificado de sus culpas ántes de salir de esta vida es indigno de poseer á Dios, y que esta purificacion es imposible fuera del mundo presente, si Dios no renueva en otro, para las almas manchadas, la alternativa y el ejercicio de la prueba y de la libertad. Se figuró pues que sucedía así, y que hasta su perfecta trasfiguracion en el bien, las almas pasaban de un cielo de libre experiencia á otro cielo de la misma naturaleza, bebiendo á su transito las aguas del olvido, á fin de que el recuerdo de lo pasado no disminuyera nada el misterio de su nueva responsabilidad. Esta doctrina, mas ó menos deshonrada por las fábulas de la trasmigracion, era propia para seducir las inteligencias elevadas, como la de Pitágoras, que la trasportó del Oriente á las soledades de la Grecia Mayor. Pero por ingeniosa que sea, fácil es descubrirle su flaqueza: su flaqueza estriba en que roba al orden moral toda conclusion, y en que entrega á Dios indefenso en manos de la depravacion indefinida de su criatura.

En efecto, ¿porqué el alma, que se ha negado á conocer y amar á Dios en el primer ciclo de la prueba, se arrepentiria en el segundo? Este, como el primero, es una mezcla de sombras y de luces, un lugar propicio para la seduccion de la inteligencia y de los sentidos, donde el alma puede escoger libremente: ¿porqué escogeria mejor esta vez? El alma es la misma; convengo en que puede ignorar lo que fué en la primera experiencia de su vida; pero sino rompe la tradicion oculta de su personalidad, interiormente es siempre la misma que ántes. Dentro lleva las cicatrices de sus caídas, y aun cuando fuese preservada de ellas por el efecto reparador de un segundo nacimiento, siempre es cierto que puede caer como ya ha caido, y morir otra vez en la separacion voluntaria de Dios. Sera menester pues que recobre con inagotable derecho el curso de sus inmigraciones en la gerarquía de los mundos, sin que Dios pueda detenerla jamás ni castigarla de otro modo que concediéndole medios para nuevas y perpetuas ofensas. No se diga que se cansaria de la monotonía de sus viajes y de sus faltas: el pecado es un abismo

que no tiene fin; al contrario, renace de sus propias cenizas mas grande y mas fascinador. Este suelo que habitamos, á pésar de su pequeñez, le bastaria para la eternidad, y el pecador no le pide otra cosa que la duracion para estar contento en él. ¿Qué sucederia con una mansion sin cesar rejuvenecida con el cambio de los tiempos y de las cosas? Se harian preparativos como para una serie de viajes encantados. En vez de la horrible perspectiva del juicio que hace de la muerte el escollo solemne de la vida, el pecador bajaria al sepulcro con la seguridad de un pasajero que cruza un pórtico, y con la ironía de la impunidad se diria: El universo es grande, los siglos largos, acabemos por de pronto la circunnavegacion de los mundos y de los tiempos. Pasemos de Júpiter á Venus, de Venus á Saturno, del primer cielo al segundo, del segundo al tercero, y si acontece, despues de recorrer espacios y períodos sin cuento, que los soles llegan á faltarnos, nos presentáremos á Dios y le diremos: ¡Hémos aquí! ¡nuestra hora no es llegada, háznos nuevos cielos y nuevo astros, porque si tú estás cansado de esperarnos, nosotros no lo estamos de caminar, de maldecirte y vivir sin tí!

Tal es, señores, en la doctrina de la trasmigracion de las almas, la conclusion dada al orden moral. Ahora os dejo á vosotros que la juzgueis.

Además, no os equivoqueis, lo que tiene de misericordioso esta doctrina existe realmente en el plan cristiano de la Providencia. Nuestra vida, del modo que Dios la ha formado, es una serie de metempsícosis ó trasfiguraciones que nos conducen á él. Nosotros pasamos, al atravesarla, por una multitud de mundos, en que el bien se presenta á nuestra alma bajo horizontes diversos, atrayéndola con encantos diferentes. La infancia, la juventud, la virilidad, la vejez, la decrepitud, la muerte, son otros tantos ciclos reveladores que se suceden los unos á los otros para alumbrarnos y llevarnos hácia Dios. El niño cree, el jóven ama, el hombre maduro gobierna, el anciano está cansado, el muerto descubre, y cada uno de estos estados encierra cierta cosa divina propia para abrimos en el corazon la herida de la verdad. Encadenados uno con otro con eslabones multiplicados, y acontecimientos que se corroboran, forman en nuestra alma un progreso sobrehumano, que no apercibimos siempre, pero cuyo tejido se conmueve enteramente en ocasiones dadas, dándonos de un solo golpe la sensacion total de nuestra vida. ¿Quién de entre vosotros no ha sentido esos sacudimientos mágicos, con que Dios agita al hombre de piés á cabeza, ponién-

dole á la vez ante sus ojos todos los mundos que ha recorrido? ¿Quién de nosotros no ha mezclado en una amarga y fecunda alegría la piedad de sus primeros años, las afecciones de su adolescencia, las lecciones crueles de la edad madura, y no se ha levantado con sus recuerdos, por lejos que estuviera de Dios, á un presentimiento de la virtud que salva purificando? Yo he contemplado al niño en el seno de su madre, y he admirado la clemencia que nos hace comenzar allí la peregrinacion de la eternidad. Yo he oido los suspiros que exhala el pecho inflamado del jóven; yo he contado las espinas que arrancaba por la mañana de su cuerpo asaeteado, y he comprendido cuantos dolores oculta la almohada de la juventud, donde duermen con tantas quiméricas esperanzas tantos delites culpables. Dios os recuerda de ese modo, jóvenes, Dios os recuerda el gran amor que os ha dado la vida.

Y vosotros, que no perteneceis á esta edad, aunque conservais la plenitud de la vida y en fuerza, tambien yo he conocido el mundo y la luz que Dios os ha preparado. Este mundo y esta luz es el gobierno. A los cuarenta años es menester gobernar, gobernar su familia, su fortuna, y con la cosa privada una parte de la cosa pública. Pues bien, no se soporta mucho tiempo el peso del gobierno de los hombres sin aprender cuan difícil es de llevar, y que solo Dios, desde la cúspide invisible de su providencia, es el primer ministro de todo orden, de toda paz, de todo poder, de toda veneracion. Si no se aprende esto el primer día, se aprende el segundo. Mas tarde ó mas temprano la fragilidad de los imperios se revela á los mas fuertes conquistadores y á los mas hábiles gobernantes, y el cónsul, como el niño sobre las rodillas de su madre, oye la voz que ordena creer y humillarse. Dios es la respuesta de la madre al niño; Dios es la respuesta del amor al adolescente; Dios es la respuesta del capitolio á toda inteligencia que gobierna.

Y si no bastasen estas revelaciones progresivas de la vida para disipar las tinieblas del alma que vienen á desvanecer; aguardad un poco, aquí teneis un mundo nuevo en los encanecidos cabellos del anciano. Este ha visto á fondo los días del hombre; él ha amado y gobernado; ahora es un testigo desinteresado al término de su carrera. La aurora de la verdad se levanta sobre las ruínas que son para él una enseñanza. Y por fin la muerte, último instrumento de la Providencia, le lanzará un supremo llamamiento á las puertas mismas de la eternidad. Él se verá al borde del abismo, su conciencia á un lado, Dios al otro, el mundo concluido, toda esperanza